

POLITICA DE MASAS

En estos tiempos que corren todas las cosas se nos antojan poco menos que incomprensibles; aparte de que casi nunca es posible predecir lo que ha de hacerse, porque nunca han estado las cosas más enmarañadas, el curso de nuestros deseos tiene a veces formas caprichosas que, en presencia de un acontecimiento, nos ciegan la voluntad y es punto menos que imposible ponernos en claro para decir que deseamos de veras. Y una de las muchas paradojas que hoy encontramos a diario en todas partes nos hace preguntar como es que siendo la política que hoy se hace tan propicia al sentido jerárquico de todas las funciones y organismos, se exalten por tan extremada manera las virtudes de la masa. ¿Hay contradicción en estas normas tan inconciliables en apariencia?

En primer lugar, las masas estaban en la calle cuando se iniciaron en algunos pueblos europeos los movimientos que hoy dominan, ni las inventaron ni podían prescindir de ellas; y es que no sabe todo el mundo lo que consiguieron en esta dirección los partidos liberales y, sobre todo, los socialistas. Los movimientos que se iniciaron en Europa a partir del fascismo, tenían que luchar en las calles, en los campos, en los talleres y en las fábricas. ¿Y como no emplear en la lucha las masas humanas, que debían enfrentarse con otras masas, en los primeros tiempos muy superiores en número, en pertrechos y en moral. La tarea que se impuso a los partidos del nuevo régimen europeo fué la de encauzar las aspiraciones de la masa, encuadrarla en una disciplina y lanzarla más tarde en batalla abierta contra las masas anárquicas, sin freno ni virtud y poseídas de una fe ciega en el fatalismo de una historia sin entrañas ni esperanzas. Y quien se tome la molestia de recordar lo que eran aquellas masas marxistas no tendrá poco que agradecer a estos movimientos europeos que las han encerrado con gruesas cadenas después de vencerlas en el campo de batalla.

Peró ahora ocurre que las masas, quiérase o no, están en la calle, dispuestas a interesarse en los negocios públicos y desparramadas como una fuerza incontrastable. ¿Qué hacer con ellas ahora? Después de habernos librado del poder de las otras masas anárquicas que amenazaban con arruinarlo todo, nos van a servir para que, con su ayuda y su vigilancia, demos a la política un sentido amplio y hondo que no se reduzca a meros intereses de partidos o clases sociales. Las masas van a hacer posible una política nacional. Y bien sabido es que la nación, cuando de veras merece llevar este nombre, se llena y configura con la asistencia de todos, grandes y chicos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, trabajadores e intelectuales. Cuando no se hace política nacional ocurre que la inmensa mayoría del pueblo, ajena a los negocios del Estado, vive sin interés ni hostilidad, como si estuviera alejada en distancias infinitas.

Las masas que ahora están en la calle no tienen afanes negativos, por el contrario, ansían enardecidas por las exigencias del pasado, que las convierte, más que en masas, como quería el marxismo, en fuerza creadora que aguarda noche y día un resorte para comenzar nuevamente una tarea; y si esto, más que una realidad no parece más que un buen deseo, piénsese en lo que ahora está pasando en Alemania, donde todos los ciudadanos, cualesquiera que sean sus ideas y sus creencias, sienten la comunidad de un destino que,

de una u otra manera, les aguarda a todos por igual. Pero no es que las masas, a pesar de haber sido encuadradas en una disciplina y una creencia, sean libres en sus decisiones; ni una sola de las cosas que hacen ha sido emprendida por ellas. La iniciativa de la multitud amorfa y acéfala ha acabado en los pueblos europeos para siempre. Las decisiones, aunque tengan que ser llevadas a cabo por la masa, se meditan en sosiego y se cotejan luego con las enseñanzas de la experiencia; sólo en última instancia, cuando han de entregarse a las contingencias que entraña el juego de fuerzas e intereses, llegan a la masa. ¿Es que se puede creer en serio que hoy se van a confiar a la masa misiones de dirección y de amenaza?

Y he aquí de que manera tan sencilla se han trocado las cosas: de la necesidad inaplazable de combatir a las masas que amenazaban con la ruína y la muerte a los pueblos europeos, se pasó al sentido nacional de la política, que en manera alguna puede ser obra de grupos ni partidos, y de aquí se ha llegado a la idea meramente coercitiva de la masa, que es el más poderoso instrumento de forma y vigor a las disposiciones emanadas del poder público, en los tiempos del régimen liberal, tan falto de asistencia ciudadana. Y he aquí como el Nuevo Estado, sin perder nunca su sentido de la jerarquía, se ha convertido en una gigantesca institución popular, con la mira puesta siempre en los intereses del pueblo y con la firme decisión de someterlos, cuando el caso lo impone, a los intereses más altos, más universales y más duraderos de la historia.

EMILIANO AGUADO

El artículo «Bella es la juventud», del Rvdo. José Arans, Pbro., por causas ajenas a nuestra voluntad no pudo insertarse en el número extraordinario anterior, que, como se recordará, su tema era «Nuevas generaciones».

IMPOSIBLE

Olvidarte, no puedo.
Te amaré cuando nadie
no piense en tí.
Cuando todo el mundo
te busque.
Cuando las heridas que retoñan
se reproduzcan.
Cuando el silencio mate al eco
su doble sombra de fantasma erguido.
No te olvido, Helénica.
Sé que vendrá
mi alegría, mi amor,
a través de tí
y a pesar de tu ausencia.

Imposible el olvido

Si; yo sé que aquello no tendrá fin
y llevará siempre atado el hilo
del recuerdo,
la mensajera paloma del olvido.

BELLA ES LA JUVENTUD

BELLOS los años son; bella es la vida —dice el cantor de las Flores,—en aquella feliz edad... cuando el alma no tiene sinsabores...» Bella es la juventud, cuando del joven «el corazón aun no ha pagado tributo de dolor a los dolores»...

Los sinsabores del alma del joven y el tributo de dolor a los dolores que experimenta el corazón juvenil, naçen del placer que fructifica junto al cariño más familiar a la cartera repleta de dinero para abusar de él, entregándose a los más refinados caprichos. No le dá asco el tocar lo que Papiní llama: Est... del diablo.

El mozo, si los días festivos no dispone de sumas desproporcionadas para derrocharlas en sus menudos placeres no dudará en armar lo que se llama una escandelera a su padre y hasta se atreverá a llegar al robo; y la madre falsamente compasiva, querrá evitar una escena violenta y para ello venderá alguna de sus reservas y ocultamente se lo proporcionará.

«Si ponéis en sus manos—dice un escritor moderno un cuchillo, una navaja, a la primera gota de sangre que vea correr, arrojará el arma peligrosa; pero el dinero, desgraciadamente no hiere, ni asusta, sino que proporciona alegrías, goces, amistades, diversiones, en suma, todo lo que se requiere para destruir en él los buenos frutos de una sana educación.»

El derroche del dinero en el joven hace concebir la vida como una noche de carnaval, haciendo que sus mejores ideales converjan en zambullirse en la orgía y en lo que se llama «el disfrutar de la vida», aunque la conciencia se cubra de impurezas y de lodo; y, en consecuencia, se llegue a la corrupción del individuo, de la familia y de la sociedad.

Las puertas se abren y el joven es recibido con palmadas de triunfo en donde «se consumen los misterios eleusinos», porque unas monedas de oro le hacen cosquillas en las manos; amigos y amigos, llueven sobre él para nombrarle «rey de

la fiesta», y ante su majestad, el desfile de banquetes y danzas, teatros y máscaras, hasta que la disminución de las energías del cuerpo y el envenenamiento de los manantiales de vida, se siguen del alcoholismo.

El acto más heroico del joven es, sin duda alguna, el que, teniendo dinero a su capricho, sepa imponerse una privación, evitando los excesos en el placer. Por ello, el divino Pedagogo no podía menos que dar en el clavo cuando, a la pregunta de un joven sobre el camino de perfección responde: «Ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres»; y cuando, sentado sobre el verde césped, abre los horizontes a la verdadera felicidad diciendo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

El secreto de la regeneración de la sociedad, está en la regeneración de la juventud, en la cual están depositadas las fuentes de la vida. El espectáculo que ofrece una sala de pequeñuelos en un hospital: pobres anémicos, escrofulosos, raquiticos, deformados, torcidos, llenos de llagas y de misteriosas dolencias, será trocado por la sonrisa, la mirada jovial, el saltar alegre y jugar a la robustez infantil, gracias a la marca de virtud que imprimieron en ellos sus progenitores.

Aunque el joven lo mire con tristeza, es preciso cargar sobre él, el yugo de la austeridad y la renuncia no sólo de los placeres ilícitos, sino también privarse, de vez en cuando, de algunos de los que le son permitidos: «Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad», dice el Profeta.

El joven que ha probado la hiel amarga, en sus comienzos, de la austeridad, será el hombre que cuando «se sienta impulsado por el deber o por el amor, apoyado en la energía indómita de su carácter viril, escalará las cumbres del heroísmo. Páginas enteras están escritas en los anales de la historia del Catolicismo en nuestra Patria. Interminable es la lista de jóvenes que supieron hacer suyo el valor de las palabras que en el año 1934, cuando España empezaba a recoger los frutos de una política anticristiana, pronunció el llorado Cardenal Gomá junto a la Cruz de Madera, en la peregrinación que los J. de A. C. hicieron a Roma: «Jóvenes de Acción Católica: Aquí, en estas mismas arenas que un día se empaparon en sangre de mártires, tenéis que prometer llevar a vuestros corazones las mismas fuerzas de aquellos mártires. Si no repetimos en España con el mismo heroísmo y abnegación lo que aquí ellos hicieron, nuestra Patria será perdida».

Junto a la austeridad en la vida y frente al afán de placer con la tendencia desmedida por la satisfacción de todos los apetitos carnales, el joven ha de levantar la bandera de la mortificación para llegar a hablar aquel lenguaje, que no todos entienden, que es el lenguaje de una juventud pura, de una vida aureolada con lirios de la más hermosa de las virtudes juveniles: la pureza.

¡Arriba, joven, arriba! ¡Qué bien se respira en las alturas de los montes, ascendiendo a ellos conservando el corazón puro! ¡Qué robustos se desarrollan los músculos cuando el deporte, a la par que desarrollo del cuerpo, es expansión del espíritu. ¡Qué bien se danza, cuando el corazón rebosa de gozo, ahuyentando los latidos del afecto sensual! ¡Pruébalo, joven, pruébalo! «Quien no lo ha experimentado, es imposible que lo entienda.»

JOSE ARANS, Pbro.
Consiliario de los J. de A. C.

LO MAS BELLO...

Lo más bello es la espuma del aire.
No, no es lo más bello.
Existe más aún.
Es el silencio,
es la locura
de seguirte queriendo
en este infernal desaliento
del infierno.
Pero, ¿no es también esta vida
un infierno
y allá arriba está el cielo?
¿y no se quiere a Dios?
Pues a seguir queriendo:
¡Viviré para los dos!...

A la Luna cuando se ruboriza

Lunita, lunecita,
¿por qué tu silencio
y tu cara ruborosa?
¿Es que te han dado algún beso?
JUAN CERVELLON